

GÉNERO, PROFESIÓN Y CULTURA. UNA APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE LA IDENTIDAD DE LOS TRABAJADORES SOCIALES'

Belén Lorente Molina.

Trabajadora Social y Antropóloga.

*Profesora de la Escuela Universitaria de Trabajo Social
de Jerez de la Frontera (Cádiz), España.*

Resumen

Las categorías Género, Profesión y Cultura constituyen tres dimensiones para interpretar crítica y científicamente los avatares en la construcción de la identidad académica y profesional de los trabajadores sociales. Este análisis permite develar los condicionantes de la subalternidad de una quehacer generalizado y revalorar su contribución al desarrollo de los saberes y encargos históricos asignados por la sociedad al trabajo social.

Abstract

The categories Gender, Profession and Culture constitute three dimensions to interpret critically and scientifically the ups and downs in the construction of the academic and professional identity of social workers. This analysis allows to show the conditioners of the «sub-alternity» of a generalized task and to reconsider their contribution to the development of knowledges and historical orders assigned by the society to Social Work.

GÉNERO, PROFESIÓN Y CULTURA. UNA APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE LA IDENTIDAD DE LOS TRABAJADORES SOCIALES¹

Belén Lorente Molina.

Trabajadora Social y Antropóloga.

Profesora de la Escuela Universitaria de Trabajo Social de Jerez de la Frontera (Cádiz), España.

Esta reflexión es fruto del contacto continuado con la realidad del trabajo social y de una inquietud permanente por dirigir la mirada hacia “adentro” del colectivo; el interés es académico y científico, pero sobre todo, moral: asumir con responsabilidad intelectual las cuestiones relativas a la identidad de nuestra profesión. Vuelve pues la pregunta, ¿qué es el trabajo social y quiénes somos las/os trabajadoras sociales en un contexto en el que las condiciones de la modernidad exigen replantear nuestra presencia y razón de ser? De hecho, el estudio de las identidades socio-profesionales es un tema que de nuevo está adquiriendo relevancia no sólo para conocer el funcionamiento interior de los grupos profesionales, sino como estrategia de reubicación de ellos en la sociedad. Aparece como efecto de la toma de conciencia ante la evidente fragmentación profesional, la creciente especialización en las ciencias y la complejidad contemporánea de la división del trabajo científico, entre otras causas.

Las/os trabajadoras sociales no estamos al margen de los problemas que se originan de tales

situaciones; ante estas nuevas realidades se hacen necesarias formulaciones efectivas acerca de nuestra existencia profesional y nuestra razón de ser académica y social, dada la responsabilidad que tenemos en la producción de conocimientos útiles a la sociedad. Pensar un lugar más allá del que se nos ha asignado académica y socialmente es una cuestión que no es nueva en nuestra profesión; la historia del Trabajo Social es rica en ejemplos sobre lo que se podría llamar la incesante búsqueda de la identidad profesional y la permanente construcción de espacios en el ámbito de las ciencias sociales. Esto es un indicador saludable que, antes de mostrar una crisis de identidad, desvela una lucha permanente, en contra de quienes le asignan un lugar marginal a nuestra profesión.

Género, Profesión y Cultura son tres dimensiones que permiten demostrar que ésta es una alternativa viable para estudiar y analizar crítica y científicamente la profesión, para otorgar un nuevo sentido a su identidad académica y profesional, para responder al por qué de la escasa producción científica y de la subalternidad profesional en su propio campo de acción laboral y académico. Así, el estudio que aquí se sugiere, presenta una nueva complejidad inscrita en la descolonización de nuestra disciplina; ya no se pueden encontrar explicaciones teniendo en cuenta únicamente las características del objeto de intervención; se debe volcar la mirada hacia adentro (su episteme y su cultura) y hacia atrás (cómo fueron construidas).

¹ Agradezco a Carlos Zambrano los comentarios. La responsabilidad de lo aquí expuesto es exclusivamente de la autora. Este artículo fue publicado en su versión original en la Revista *Trabajo Social, Servicios Sociales y Política Social* del Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistencia Social, Madrid, España, Nº 49, Primer Trimestre de 2000, pp. 95 a 112.

¿Público o privado?, ¿objetivo o subjetivo?, ¿productivo o improductivo?, ¿profesión o cultura del trabajo?, ¿intrínseco o extrínseco?, ¿teoría o práctica?, ¿técnica o ciencia?, ¿identidad o indefinición?, son dicotomías siempre presentes cuando hablamos del trabajo social desde una perspectiva identitaria. Sin embargo, aunque muestran tensiones importantes en la discusión, son categorías problemáticas, cuyas clasificaciones llegan a ser inoperantes, porque no exploran ni llegan a revelar cómo funcionan en la realidad sus asociaciones y disyunciones a efectos de la construcción social de la profesión y, sobre todo, a efecto de la construcción académica con lo que viene a ocupar un espacio marginal dentro de las ciencias sociales. De todas maneras, es preciso advertir que la preocupación central de este estudio no es buscarle una nueva legitimidad como ciencia al trabajo social en el reino de las ciencias sociales, en donde siempre ha sido paria, sino estimular el espíritu científico sobre la base de su propia naturaleza y realidad epistemológica.

La identidad personal

La identidad profesional² es un tema que emerge en las reflexiones académicas, laborales y políticas del trabajo social, no sólo para repensar sus campos de estudio y de práctica social, sino como una preocupación interna frente a los múltiples retos profesionales en un mundo de rápidas transformaciones, de contactos entre disciplinas, de prácticas sociales y laborales cada vez más complejas y de sus desafíos políticos, enfrentando una tensión permanente: pese a la interdisciplinariedad, hay una continua especialización que redefine las fronteras profesionales, asunto que es propio de las ciencias

sociales y no sólo del Trabajo Social y según lo que se sostendrá en este artículo, no constituye una indefinición profesional, sino una realidad sociológica de la producción de conocimientos y de la cultura profesional del trabajo social, que es, sin lugar a dudas, más que una dificultad, una ventaja comparativa para reflexionar acerca de nuestra inserción en el campo de producción de conocimientos, trabajo y sentidos para una sociedad más justa.

Esta dinámica que en rigor es compleja, plantea preocupaciones que afectan el sentido de la profesión e inquietan a los profesionales, da la medida para sustentar el por qué interesa en este artículo poner de relieve la forma de inserción profesional y su manera de reproducción en los campos de acción académicos, laborales y políticos desde la perspectiva del "nosotros", mediante tres campos vinculantes: el género, la profesión y la cultura. Se necesita buscar nuevamente respuestas a interrogantes como quiénes somos las/os trabajadoras/es sociales, dónde estamos, qué caminos debemos seguir, cómo nos situamos con respecto a disciplinas diferentes, cómo hacemos reconocer, y cómo se etiqueta a nuestra profesión y a sus profesionales, qué piensan otros profesionales de nuestro trabajo y qué opinan los usuarios de nosotros. No es una propuesta basada en idealismos o buenas intenciones, sino en las condiciones reales de la producción profesional.

La importancia de la identidad profesional es fundamental, en tanto que ella funciona como un elemento que nos estructura y condiciona las respuestas del trabajo social en su conjunto. Profundizar en el proceso de construcción de la identidad profesional de las/os trabajadoras/es sociales, desde una perspectiva teórica que permita la reflexión en contextos nacionales diferentes, contribuye a cimentar un enfoque teórico-

² Cfr. ELLIOT, Philip. *Sociología de las profesiones*. Tecnos, Madrid, 1975.



Las Marias, Fundación Social, Bogotá.

metodológico con el que nos identifiquemos las/os trabajadoras/es sociales.

Se parte del supuesto de que existe una cultura del trabajo entre las/os trabajadoras/es sociales, cuyos contenidos son dinámicos y configuran realidades que se construyen, cristalizan y modifican a través de un proceso temporal e histórico. Tal cultura está en relación con dos dimensiones -para el caso indisociables- el género que para nuestra profesión posee unos contenidos feminizados, pero cuyos contenidos socioculturales son particulares (la condición de la mujer no igual en Costa Rica, India, Japón y Holanda, España y Colombia, y así mismo en Galicia que Andalucía, para el caso español), tales particularidades configuran la segunda dimensión: lo étnico que da cuenta de cómo se producen singularmente los conocimientos, comportamientos, percepciones, actitudes y valores profesionales; o sea, identidades.

Trabajo, género y etnia³ producen prácticas culturales en el colectivo que unas veces definen, algunas mediatizan y otras trascienden el entorno profesional inmediato de la disciplina, pero también

son construcciones sociales cargadas de valores, “buenos” o “malos”, adversos o proclives a nuestra profesión, que es preciso desvelar para transformar.

Género

La presencia de la mujer a lo largo de la historia profesional del trabajo social en distintos contextos nacionales, étnicos o religiosos es una constante. Se

³ Esta perspectiva de análisis ha sido desarrollada por Moreno Navarro y el grupo de investigación GEISA de la Universidad de Sevilla, se denomina *matriz estructural identitaria*, propone tres tipos de relaciones que entiende como estructurales: las relaciones de producción, las relaciones de sexo/género y las relaciones interétnicas. Estos tipos de relaciones generan un sistema de identidades colectivas en formaciones socio-históricas específicas que son también estructurales: las identidades productivas (de clase y socio-profesionales), las identidades de sexo/género y las identidades étnicas. Son tres principios irreductibles y los contenidos culturales de las relaciones que se establecen sobre ellos están imbricados y no existen separadamente. Para una ampliación de esta perspectiva véase Moreno Navarro 1991 y 1997.

puede afirmar que el Trabajo Social es una profesión con contenidos significativamente “generizados”. Este hecho, presente en su origen, desarrollo y, por el momento, futuro inmediato, tiene una estrecha relación con la evolución general de la profesión. También son una constante su subalternidad académico-científica en relación con las Ciencias Sociales y su inferioridad en el estatus profesional en muchas sociedades en que se desarrollan sus prácticas. Estos dos elementos se han constituido como los principales obstáculos del desarrollo de la profesión y la fuente sus reiteradas “crisis”.

La investigación sociológica de Estruch y Guell, llega a conclusiones significativas, al respecto, dicen del trabajo social que:

“Nos hallamos ante una profesión profundamente marcada por el encuadre ideológico religioso... una profesión ejercida por mujeres, en cuyas motivaciones el deseo terapéutico de resolver problemas personales desempeña a menudo un papel implícito no desdeñable... una profesión, finalmente, que en sus deseos de adquirir plena autonomía tropieza con el problema de la concreción de su rol, y de la no coincidencia de su propia percepción del rol...”⁴

Religiosidad, deseos, problemas personales, concreción y falta de conciencia son para estos autores, manifestaciones reales y femeninas que, bajo el manto de la objetividad científica que otorga su investigación, explican la crisis del trabajo social. Cuando lo que sustentan sutilmente, pero en realidad, es el encuadramiento de los contenidos de género socialmente establecidos: masculino, secular,

racional, sociológico, concreto y consciente. Es por esta razón que la multiplicidad de factores que intervienen en la crisis de la profesión se reducen al encuadre religioso, su condición eminentemente femenina, la concreción de las tareas que debe desempeñar la asistente social, y el carácter discutible -por ser sueños profesionales- de los intentos de reorientación habidos hasta ahora. En el párrafo siguiente, los autores dictaminan que: “Así pues, la crisis de la profesión es ante todo una *crisis de identidad social*.”⁵ De hecho, el trasfondo de tal sentencia es que en realidad es una crisis de la identidad social de la mujer trabajadora social, pues a renglón seguido señalan:

“Ante este hecho, la asistente social tiende a preguntarse quién es ella y cómo la ven los demás. Por los datos de nuestra encuesta se desprende, o así nos lo parece, que normalmente no atina a formularse aquellas preguntas que mejor podrían, en definitiva, favorecer la comprensión de la crisis; no suele preguntarse en efecto, por qué es quién es, ni por qué los demás lo ven como la ven. Paralelamente, la asistente social tiende sobretodo a preguntarse -ante la crisis de identidad provocada por, y manifestada en, la indeterminación de su rol- qué quiere hacer, y en nombre de qué quiere hacerlo... Pero faltan en cambio, a nuestro modo de ver, los análisis serenos de aquello que se hace concretamente...”

“Toda auténtica solución de la actual crisis de la profesión debe partir inevitablemente de ahí. Estos son, y no otros, los datos objetivos en que deben basarse los replanteamientos, la reflexión, la búsqueda. Sinceramente creemos que los asistentes sociales deben enfocar su problemática a partir de estas realidades

4. ESTRUCH, Juan y GUELL, Antonio. *Sociología de una profesión. Los asistentes sociales*. Ediciones Península. Barcelona. 1976, pág. 255.

⁵ Ibid. Subrayado de los autores en el texto original.

objetivas: su historia, su situación actual, sus actividades profesionales. Hay que partir de la realidad de la profesión, y no de los sueños de los profesionales”.⁶

Conclusiones como las de Estruch y Guell son inaceptables hoy en día; o bien, cuestionables desde todo punto de vista. No se puede reducir la compleja problemática del trabajo social a la condición generizada de la profesión. Sin embargo, es tal condición -vale decir, la presencia de las mujeres- el punto de partida para entender en qué condiciones se crea y evoluciona la profesión de trabajo social. Posiciones como la citada simplifican y desvirtúan el potencial explicativo que para el trabajo social supone un análisis riguroso de cómo el género, al contrario de obstaculizar contribuye a concretar una vía de conocimiento que aporte explicaciones para las acciones políticas, profesionales y científicas de las/os trabajadoras/es sociales.

No interesa aquí detallar más los contenidos androcéntricos, ocultos tras la objetividad científica de los sociólogos Estruch y Guell, pero sí, con base en su trabajo, señalar la existencia de una actitud social generalizada que negativiza la participación social, profesional e intelectual de las/os trabajadoras/es sociales.

“Lo único que faltaba por escuchar era que los problemas que tenemos por todo..., falta de recursos, de reconocimiento en la universidad y en los centros de servicios sociales, entre otras cosas... era que esto se debía al hecho de ser una profesión de mujeres”⁷.

Esto, a la vez, pone en evidencia la otra cara de la moneda, una actitud extendida en la mayor parte del colectivo profesional, que silencia esta cuestión. Es preciso evitar la naturalización de la culpa, porque quizás la causa de la crisis no está en los contenidos de género, pues esta es una realidad y si se quiere una virtud, sino en formas más sutiles de dominación, que por la vía de la objetividad científica fomentan la exclusión y la marginación de la mujer en la construcción de campos epistemológicos emancipadores, de su saber y de su práctica.

Este artículo intenta llamar la atención para hacer evidente la existencia de discursos sociales, profesionales y académicos que naturalizan los problemas del trabajo social al asociarlos únicamente con el hecho de ser mujeres pues no hay profesión que surja cuando sus contenidos son irracionales, pasionales, terapéuticos y no científicos. Hay crisis en el Trabajo Social porque es una “profesión de mujeres”, sentencian. Sin embargo, el lugar de la crisis está en otros lugares, quizás en las mismas ciencias sociales y en la sociedad y en sus mecanismos de representación.

En sus estudios sobre género y ciencia Fox Keller advierte:

“Comencé a considerar que la red de asociaciones de género que se da en el lenguaje característico de la ciencia no era natural, ni autoevidente, sino contingente y aterrador. Comencé a ver que no se trataba simplemente de imágenes ornamentales situadas en la superficie de la retórica científica; estaban profundamente arraigadas en la estructura de la ideología científica y tenían implicaciones reconocibles para con la práctica”⁸.

⁶ Ibid. Subrayado de los autores en el texto original.

⁷ Notas de campo. Año 1997. Trabajo de tesis doctoral.

⁸ FOX KELLER, E. *Reflexiones sobre género y ciencia*. Alfons el Magnanim. Institució Valenciana D'estudis i Investigació. Valencia. 1991, pág. 20.

Seguramente, tal reflexión, puede argumentarse con la contundente, autosuficiente y soberbia frase, con la cual Estruch y Guell cierran su libro:

“A nuestro modo de ver, la solución de la crisis de identidad del asistente social comporta ese descubrimiento: el descubrimiento de que es, **SIMPLEMENTE**, asistente social.”⁹

Ser simplemente asistente social es mucho más complejo que una frase fatalista y reductora, con ella niega e invisibiliza las potencialidades de los contenidos “generizados” del trabajo social, de su capacidad científica y de la intelectualidad de la mujer.

Género y profesión

EL núcleo del problema sobre la construcción de la identidad de las/os trabajadoras/es sociales parte de que admitir la relación directa entre género y profesión desde las/os profesionales se ha convertido en una imposibilidad, dado que los contenidos de género femenino están negativizados. Los valores que se reconocen socialmente como de “mujeres”, o mejor como “femeninos”, se sitúan en el polo opuesto a lo que en nuestro ámbito civilizatorio se demanda para “triunfar” profesional y socialmente.

De ahí que los inagotables debates sobre la redefinición de la profesión, o de sus posibilidades reales, o de su reconocimiento científico-académico y social y un largo etcétera de inconvenientes ya históricos en la disciplina, sean inabundables si no se parte, entre otras reflexiones complementarias, de que se está funcionando en un mundo cargado de fuertes valores androcéntricos y etnocéntricos.

Este planteamiento puede llevar al lector a pensar que se evade la presencia del hombre en la profesión o que se le excluye. Y no se trata de eso. La reflexión parte de los contenidos de género y cómo ellos son inherentes y moldeadores del trabajo social. Esto no excluye que valores o rasgos de la cultura femenina no estén presentes en hombres y, a la inversa, rasgos considerados de la cultura masculina no estén adquiriendo cierta relevancia entre las mujeres. Por ejemplo, la sensibilidad, la capacidad de mediación familiar, la relación con los hijos y la ternura son valores asignados culturalmente a la mujer, es decir forman parte de la cultura de género femenino. Así mismo, la agresividad, lo competitivo y la razón se asignan tradicionalmente al hombre, a la cultura de género masculino.

Lo que se está poniendo de relieve es el problema de ¿hasta qué punto determinados valores de la cultura de género femenino, presentes en una cultura fuertemente androcéntrica, son negativizados y considerados opuestos al progreso?, ¿estará tal negativización en la base de las limitaciones profesionales y científicas de la profesión? Si se acepta que esto es así, es en la representación social que se tiene de la mujer y de la profesión en donde descansaría su subalternidad. Entonces el lugar de la discusión no es la profesión, sino el lugar de la mujer en la sociedad y más específicamente como generadora de conocimientos científicos desde los contenidos de su cultura de género.

Por ello es necesario persistir en que las posibilidades de hacer y de ser en lo sucesivo dependerán en buena medida de la forma como hagamos evidentes los discursos excluyentes y empezamos a valorizar el hecho de que buena parte de los rasgos de la cultura de género femenina son tan absolutamente válidos como otros que, tradicionalmente, han venido reproduciéndose en el ámbito académico-científico, laboral y político desde un punto de vista androcéntrico.

⁹ ESTRUCH Y GUELL. Op. cit. 258. Mayúsculas y cursivas de los autores en el texto original.

Género y ciencia

Además de lo anterior, ¿Cómo no caer en cuenta de que en un contexto de crisis de paradigmas, de crisis de la modernidad, el trabajo social con una visión tradicionalmente interdisciplinaria, heterodoxa y generizada -ajustada con dificultad a los requerimientos de una ciencia positiva y "racionalista"-, que ha enfrentado diversidad de problemáticas sociales y que atiende en contextos culturales radicalmente diferentes, no planteará interesantes síntesis conceptuales y metodológicas?, dadas tales condiciones que han sido su tradicional modo de operar ¿no podrá ser el trabajo social una profesión que tenga en sus "manos" la posibilidad de aportar y de construir nuevos enfoques teóricos que incorporen estas síntesis y particularidades como elementos sustanciales, en una novedosa forma de aproximarnos a la realidad?

Hace 25 años, María Victoria López Bueno, presentó al II Congreso Nacional de Asistentes Sociales de España, la ponencia "Formación de Base"¹⁰, en la que postulaba la centralidad del Trabajo Social en las ciencias sociales estableciendo en rigor cuestiones metodológicas fundamentales. Hoy se sabe que la noción de centralidad no responde a los movimientos de la ciencia en la que existe una gran interdependencia. Pero su intención no invalida la reflexión sobre la constitución de nuevos objetos de investigación en las ciencias sociales en las que sin negar la interdependencia, sugiera formas novedosas y rigurosas de investigar la realidad social y por supuesto la capacidad científica de las trabajadoras/es sociales y del trabajo social en sí mismo.

Su propuesta fue descalificada como "semejante enfoque, al conferir al Trabajo Social un movimiento

autónomo como ciencia independiente, es exactamente opuesto a lo que sugeríamos al hablar del asistente social como un técnico al servicio de otros."¹¹ Esta postura expresa una reducción positivista inaceptable y un mecanismo de exclusión científica e intelectual oprobioso. Naturaliza la condición del trabajo social a una simple técnica y le impide procesar sus experiencias en términos de problemas científicos, cuando en realidad lo que existe es una riqueza problemática evidente en manos de las/os trabajadoras/es sociales. Los mismos críticos, citando a Lazarfeld, dicen que

"quien no puede actuar, actúa; quien es incapaz de ello enseña; y el que no tiene nada que enseñar, se dedica a la metodología".¹²

Aunque no me interesa discutir con estos autores, es inevitable no pronunciarse para decir que mientras ellos quedan bien con "Freud", quedan mal parados con su supuesta científicidad y con el Trabajo Social. Esta percepción reduccionista a que fue sometida, sin crítica científica, la ponencia de López Bueno, contradice lo que es uno de los fundamentos del desarrollo científico. Según Bachelard, "cambiando los métodos, la ciencia se hace más metódica"¹³; o sea, se hace más ciencia -o si se quiere- más científica. Además, insiste Bachelard,

"el valor de los métodos múltiples, da a la ciencia moderna una feliz estabilidad. Es el hecho de que cualquier crisis profunda en el método es inmediatamente una conciencia de la reorganización del método".¹⁴

¹⁰ LÓPEZ BUENO, María Victoria. "Formación de Base" En *Memoria del II Congreso Nacional de Asistentes Sociales*, Madrid, 1973, pág. 133.

¹¹ Estruch y Guell, Op. Cit. pág. 25.

¹² Lazarfeld, Paul. *Philosophie des sciencias sociales*, Gallimard, Paris, 1970, p. 370.

¹³ Bachelard, Gastón. *Epistemología*, Anagrama, Barcelona, 1973, pág. 158.

¹⁴ *Ibid*, pág. 158.

Ese valor esta, reitero una vez más, en la naturaleza del trabajo social, su interdisciplinariedad. ¿No podemos pensar que la feliz estabilidad de las ciencias sociales, pueda emerger, si emerge algún día, por alguna contribución científica proveniente del Trabajo Social?

Ahora bien, el primer lugar en el que se refleja una reorganización del método es en la formación de base, al decir de López; es decir, en los elementos sustanciales que le dan cuerpo a la profesión. Como dice Bourdieu (1981),

“agregaría que... cuando una empresa de este tipo pueda ser realizada -lo que en efecto es concebible-, sólo por el estudio de las aplicaciones regulares de los procedimientos científicos podrá lograrse un buen sistema de hábitos intelectuales, hecho que es esencial al método”.¹⁵

Lo que se intenta señalar es que las/os trabajadoras/es sociales debemos proporcionarnos los medios para adquirir una disposición mental para realizar un esfuerzo, que aunque azaroso, transmita “principios que no pueden presentarse como simples verdades de principio porque son el principio de la investigación de verdades... Nada habría que agregar a esta intención que al negarse a disociar el método de la práctica, de entrada rechaza todos los discursos del método, si no existiera ya todo un discurso acerca del método que, ante la ausencia de una oposición de peso, amenaza con imponer a los investigadores una imagen desdoblada del trabajo científico”.¹⁶

Discurso que entre otras cosas domina la percepción interna y externa del trabajo social, excluyendo la posibilidad de pensar la profesión como una que además de ser social es científica.

Género e investigación

La condición de subalternidad de las actividades de las/os trabajadoras/es sociales es evidente, y en cuanto a investigación se refiere, se manifiesta la situación de manera contundente. No quiere esto decir que no se investigue en trabajo social, pero dadas estas condiciones, habría que preguntarse qué se investiga y cómo.

En este apartado no nos interesa hablar de temas de investigación sobre género. Por el contrario, interesa reafirmar la condición “generizada” del trabajo social, como una fuente para la investigación, para desarrollos metodológicos, para la teoría y la práctica. Aunque esto es explícito, es preciso advertir que es necesario hacer un esfuerzo para no caer en tópicos, estereotipos y problemas añadidos a lo que ya supone una deficiente producción teórica o la incapacidad “natural” para la investigación por parte de la profesión y sus profesionales.

Cuando se hace hincapié sobre la necesidad de revisar la formación, está implícita la inquietud por fomentar el *espíritu científico*¹⁷ en la profesión. La investigación debe ser algo que proporcione sentido a las inquietudes del trabajador social, debe configurarse como un proceso de búsqueda que satisfaga no sólo las demandas de las instituciones, sino las preguntas que los profesionales se plantean para aspirar a otro tipo de soluciones y a otro lugar dentro de las ciencias sociales, que no sea “técnico” o, “simplemente de asistente social”, como señalaron perentoriamente Estruch y Guell¹⁸.

Para no ser ingenuos, la investigación depende en buena medida de los presupuestos y de la formación para emprenderla; pero sobre todo, para el Trabajo Social, en el acento que se ponga

¹⁵ BOURDIEU, Pierre. Op. cit., 1981, pág. 25.

¹⁶ Ibidem.

¹⁷ BACHELARD, Gastón. *La formación del Espíritu científico*. Siglo XXI, Argentina, 1972.

¹⁸ ESTRUCH Y GUELL. Op. cit., pág. 258.

al desarrollo de aptitudes investigativas. La misma investigación, con todo lo que implica, debe construirse como marco idóneo para poner en marcha las propias capacidades investigadoras de la disciplina. Las vinculaciones entre género y los condicionantes en la producción del pensamiento científico son una premisa para plantear investigaciones que interroguen la realidad con otra mirada, para aprovechar el espacio fronterizo en el que se desenvuelve el trabajo social. Este puede ser uno de los aportes más contundentes, no ya a la ciencia y a las diferentes disciplinas afines, sino a los colectivos que necesitan respuestas viables ante una presión social que parece no ofrecer camino.

Ejercer -por ejemplo- la intuición como un acto de libertad, situaría unas condiciones psicológicas que ayudarían a despojarnos de lo que ha supuesto para la profesión la objetividad científica mal entendida.

“No hay intuición que no pueda recibir una función científica cuando, controlada, sugiere hipótesis y aun contribuye al control epistemológico de las demás operaciones. Cuando la captación intuitiva, es decir, *l'intuito*, de la unidad inmediatamente perceptible de una situación, de un estilo de vida o de una manera de ser, conduce a indagar en sus relaciones significantes, propiedades y relaciones que no se presentan sino sucesivamente en el trabajo analítico, constituye una protección contra la atomización del objeto que resulta, por ejemplo, de recurrir a indicadores impotentes de objetivar las manifestaciones de una actitud o de un ethos sin fragmentarlas”.¹⁹

La escasa práctica investigadora está teñida del temor a la sanción, del temor a la etiqueta de lo no científico. Esta cuestión ha representado un alto coste;

el que más preocupa es el resultante de la necesidad de articular soluciones novedosas a problemáticas en las que está en juego vivir dignamente y el haber ahogado en numerosas ocasiones la creatividad necesaria en la acción social.

El acento en transmitir una noción sobre investigación, desde el fomento de las aptitudes, sin desligarlo de una crítica seria y constructiva sobre lo que ha supuesto para el trabajo social una cultura científica cargada de fuertes valores androcéntricos, nos pondrían en el camino de la superación de una pseudo incapacidad para generar conocimiento propio. Si esto es así, el trabajo social tiene un referente para empezar a identificar, con otros factores, la génesis del eterno problema de la producción científica. En palabras de Fox Sélér:

“... lo que sugiero, y trato de describir, es una red de interacciones entre desarrollo de género, un sistema de creencias que iguala objetividad a masculinidad, y un conjunto de valores culturales que simultáneamente (y conjuntamente) eleva lo que es definido como científico y lo que es definido como masculino”.²⁰

Este es uno de los aspectos más importantes por las que las/os trabajadoras/es sociales debemos empezar a mirar nuestra realidad, si se habla de trabajo social dejamos de lado a los sujetos, a los hombres y mujeres que componen esta profesión. La condición de los contenidos generizados en la cultura del trabajo de los trabajadores sociales descubre una situación de subordinación del conocimiento que impide que el Trabajo Social sea una profesión plena. Condición que debe transformarse y eso significa abrir un escenario de

¹⁹ BOURDIEU, Pierre. Op. cit., pág. 85.

²⁰ FOX KELLER, E. Op. cit., pág. 84.

lucha por su dignidad que es la dignidad de sus profesionales. En la capacidad de análisis crítico de nuestras propias circunstancias se vislumbra la superación de una etapa de condicionantes, reconociendo y desechando cuestiones que impiden generar respuestas a algo que nos significa como colectivo, el objetivo de cambiar las situaciones de injusticia social.

Profesión

La insistencia, desde diferentes espacios del Trabajo Social, en reelaborar sus planteamientos se ha convertido en una necesidad que acusa la profesión de forma manifiesta en los ámbitos teóricos y, no con menos contundencia, en los prácticos de su ejercicio cotidiano. La producción teórica y la acción práctica se basan en un mismo principio *conocer para poseer elementos que nos permitan transformar la realidad social desde una concepción de justicia social*. Incluso, ante la modificación de las condiciones que producen situaciones de desigualdad social, este principio continúa vigente en la mente de todas/os las/os trabajadoras/es sociales. Es, por tanto, un elemento que continúa arraigado en los valores constituyentes de la profesión, que debe situarse en la base de la discusión para la redefinición de la formación de profesionales y para la creación de enfoques.

Revisar los valores para la formación no tiene por qué restarle credibilidad científica ni posibilidades académicas a la profesión; más bien, ayuda a crear un sistema de análisis y un "punto de vista" para la articulación de nuestro objeto de estudio. Las posiciones asépticas implican la deshumanización; muchos pensarán que esta conducta es residual en la práctica, pero no lo es. Plantearlo conlleva reacciones inmediatas en contrario porque, desafortunadamente, a lo que suele darse importancia

es a cómo se presenta la profesión bajo un lenguaje políticamente correcto y no a qué responde exactamente nuestro trabajo y a desentrañar qué se solapa evadiéndolo.

También deben incorporarse las condiciones laborales a la reflexión sobre la profesión en tanto problema que se enfrenta a una estandarización de los métodos de intervención en unas realidades sociales que además de complejas son diversas y, a que dicha situación impide que el trabajador/a social pueda sistematizar, problematizar y analizar su experiencia laboral, es decir que pueda ser un sujeto productor de conocimientos. Un sujeto que pueda plantear problemas a la academia y a la ciencia. Tales condiciones, sean las que sean, le restan capacidad reflexiva a la profesión, pero además, la aíslan del resto de las ciencias sociales y a éstas de las problemáticas que pueden surgir de las experiencias de intervención social.

La burocratización del trabajo social, la globalización de la precariedad social, la estandarización de los métodos y la segmentación de los procesos de trabajo, entre otros, producen una marginación adicional para el trabajo social al no reconocer que de su experiencia resulta en gran medida el ajuste de formas de acción social que sean efectivas socialmente.

La dependencia programática, la inferioridad profesional y la subalternidad científico-académica, con respecto a la planeación y a la influencia en la definición de las directrices de las políticas sociales, han dejado a las/os trabajadoras/es sociales al margen de la toma de decisiones. Sólo está presente como un elemento de mediación, de contención de la pobreza dentro de una administración incapaz de resolver el problema a un número creciente de usuarios que demandan atención social.

Cultura

A la tesis de Payne de que “*el trabajo social se construye socialmente*”²¹, habría que añadirle que, además se construye culturalmente. Efectivamente, la cultura interviene en forma dialéctica: no sólo lo hace el sistema cultural de la sociedad en la que se ejerce la práctica y el grupo en particular, sino también la cultura del trabajo “generizada” de nuestra profesión, con contenidos que expresan una gran diversidad cultural según las etnias o naciones o religiones o ideologías y los procesos de trabajo particulares tanto los de la intervención, como los derivados de su relación con otras ciencias sociales. Esta precisión tiene una finalidad metodológica: complejizar el nivel de análisis, que hasta ahora se ha presentado reducido, con el fin de incluir referencias que permitan la comparación en una comunidad profesional, que es bastante amplia y compleja, y que trasciende los marcos estatales y nacionales a los que pertenecen las/os trabajadoras/os sociales.

Considerar el trabajo social como una construcción cultural aporta una significación distinta, un punto de partida para acercarnos a la diversidad de las formas de ser y hacer e incorporar las diferencias como un modo de organización de la práctica profesional. Cualquier trabajadora/or social está condicionada/o por los contenidos de género, que a su vez están particularizados por su contexto etnonacional de referencia. La percepción y la construcción de la intervención social resulta mediatizada por tales variables. El trabajo social que se hace en Costa Rica, aun disponiendo de principios y procedimientos similares a lo usados en Andalucía, probablemente dispondrá de elementos específicos, determinados por la estructura socio económica subyacente, por las pautas culturales presentes y por el desarrollo concreto que la profesión ha experimentado en ese país, que los diferencian y los hacen propios.

Lo que Payne destaca en su texto es que el trabajo social debe tener en cuenta la diversidad cultural con la que se encuentra, que ésta predispone la acción y le otorga sentido. Sin embargo, su planteamiento reduce la complejidad de los particularismos cuando piensa la diversidad en función de “*las diferencias entre bloques culturales*”²², este tratamiento conduce a entender los bloques culturales como entidades monolíticas, impermeables y que abarcan zonas geográficas muy amplias. Esto se puede identificar con mayor claridad, en el siguiente texto, donde Payne muestra como operan las concepciones de la acción social en función del espacio cultural:

“para el caso de la India necesita concentrarse más en las responsabilidades derivadas del entramado familiar, en donde los contactos se mantienen durante toda la vida, que el individualista modelo occidental de trabajo social en el cual el papel de la familia es preparar a sus miembros para que se desplieguen y se independicen de ella. Por otro lado el trabajo social occidental tiende a estimular la pluralidad y la diversidad mediante la competencia, mientras que la filosofía hindú trata de establecer vínculos y evitar conflictos”.²³

En la actualidad es difícil demostrar la existencia de un trabajo social occidental unidireccional²⁴.

²¹ PAYNE, Malcolm. *Teorías contemporáneas del Trabajo Social*. Paidós, Barcelona.

²² *Ibid.*, pág. 20.

²³ *Ibid.*, pág. 23.

²⁴ “Las sociedades contemporáneas afectadas por el proceso de mundialización han generado, fruto de éste, dos dinámicas que son complementarias: la de globalización y la de localización o acentuación de las identidades colectivas”. Cfr Moreno Navarro... 1997. Por ello es muy difícil estar a salvo de lo que normalmente se entiende por lo occidental, es decir, no tiene un espacio geográfico concreto, se mueve a lo largo y ancho del globo, pero de esto no puede deducirse que sea la única concepción existente, con una lectura articulada exclusivamente desde ciertos países occidentales.

Ciertos países occidentales exportaron su modelo de profesión al resto. Sería preciso conocer qué países - exactamente- fueron los que exportaron la profesión y qué instituciones se colocaron detrás apoyando esa expansión. Además cabría hacer una historia de las reelaboraciones de los contenidos y de cómo se puso en marcha la profesión en cada Estado concreto. Esto no desbordaría la pretensión del trabajo identitario; por el contrario es muy necesario profundizar en ello, pues contribuiría a identificar cuáles son las síntesis conceptuales, paradigmáticas y metodológicas que en la actualidad operan en cada lugar.

En el caso de la Unión Europea, que podría ser catalogada como exponente del pensamiento occidental, no habría necesidad de hacer un recorrido *por todos sus países para advertir que las desigualdades económicas, sociales, culturales, lingüísticas, etc., al interior de la Europa Comunitaria son significativas.* El trabajo social del Norte de Europa es distinto al del Sur. Las diferencias económicas están lejos de superarse y las culturales se producen en todos los ordenes de la vida social y familiar, por más empeño que se ponga en construir una identidad en la que se reconozcan los "europeos". Lo occidental es una categoría que, cuando menos, induce a la confusión y a la desinformación. Es una noción que no posee un único sentido. Lo occidental no es algo puro, ni abarca cualquier espacio familiar, ni toda sociabilidad. El Sur de España forma parte de Europa, pero no se puede olvidar su posición doblemente marginal, la que posee con respecto al resto de España y, consecuentemente, la que tiene dentro de la Unión Europea. Esto se refleja también en la producción de conocimientos, pues las ciencias de lugares periféricos y marginales, son igualmente ciencias periféricas y marginales al igual que sus profesionales.

No se puede dejar de lado, siguiendo el ejemplo, el papel que sobre la producción y la práctica del trabajo social tiene la relación centro-periferia. Las metodologías que se exportan de unos países a otros

no son asépticas, están configuradas con el fin de obtener un determinado modelo de sociedad. Los programas de dinamización social que han sido importados desde esos espacios centrales, donde el sistema de sociabilidad se caracteriza por fomentar un tipo de participación social, no han generado - por ejemplo- en Andalucía la dinámica esperada; con ellos había una intencionalidad implícita de desestructuración de redes sociales, formas de ayuda mutua y de solidaridad social consideradas arcaicas. En vez de tratar esos marcadores de identidad como un recurso social, sin coste económico, y, además, incorporar una dimensión de respeto a las diferencias culturales, se optó por desactivarlos al ser considerados contrarios a la "modernidad".

Se puede decir con Payne, que así como en la India el sistema de parentesco requiere un modelo de intervención social que fortalezca el sistema familiar, con las salvedades pertinentes, el sistema familiar en el Sur de España requiere igualmente una intervención en que la familia funcione como un recurso articulador de las relaciones sociales y, solo puede funcionar como tal, en la medida que el/la trabajador/a social desentrañe su modelo cultural.

El trabajo social en Andalucía es una realidad diversa y compleja; así como un sector profesional desarrolló y desarrolla una práctica ejercida acriticamente, que supone la opción por un modelo que conduce a la ruptura de redes sociales y culturales, existen quienes promueven discursos y prácticas diferentes sobre cómo debe proceder el/ la trabajador/a social según su propia realidad, resistiéndose a un abordaje e intervención en la realidad social apoyado en concepciones importadas, como le sucede al trabajo social en cualquier parte del mundo. Es importante que desde las distintas situaciones en que nos coloca el trabajo social se contribuya a relativizar los conceptos totalizantes; es necesario reconocer que el contacto con una

diversidad de problemáticas sociales y culturales pone a las/os trabajadoras/es sociales en capacidad de argumentación sólida y experimentada.

La tensión entre la incorporación de dinámicas globalizadas en materia de intervención social, concretadas en programas encapsulados, generados en instituciones supranacionales, y la resistencia que, tanto las/os profesionales como las/os usuarias/os producen, responden, al fin y al cabo, como una crítica a quienes trabajan por la persecución de un único modelo de desarrollo.

La resistencia puede ser consciente o no, se constituye por reacciones que pueden ir desde la manifestación de una actitud contraria y argumentada, a manifestaciones concretadas en la práctica que, con o sin motivación aparente, usualmente se entienden desde fuera como una actitud de boicot, consciente y contraria a los valores del progreso y del desarrollo social.

Lo más problemático de todo esto es que, con o sin resistencia, se fuerza a los sectores más desfavorecidos a un cambio en las pautas culturales, ofreciéndoles en contraprestación la integración social y la aceptación del resto de la sociedad. Estas promesas son incumplidas a menudo, porque los programas no pueden garantizar el mejoramiento de las condiciones de vida de estos sectores a priori. En este sentido añadir algo más, se puede confundir el trabajo social con las instituciones prestadoras de servicios sociales; el trabajo social entra en una espiral donde le es imposible reconocerse como no sea una profesión que asume los propósitos de la institución.

Conclusiones

Nos hemos aproximado al estudio de la identidad profesional de las/os trabajadoras/es sociales. Es un

estudio en rigor complejo, planteó preocupaciones que afectan el sentido de la profesión y nos inquietan a las/os profesionales. El conjunto del trabajo sustenta el por qué nos ha interesado subrayar la forma de inserción profesional y su manera de reproducción en la academia, el trabajo y la política.

Se estableció la existencia de formas de exclusión y marginación hacia las/os trabajadoras/es sociales, que son necesarias tener en cuenta para explicar la subalternidad académico-científica y la inferioridad profesional del Trabajo Social. Existen elementos como la interdisciplinariedad, que son negativizados y opuestos al progreso profesional, lo que constituye un contrasentido real, pues no existe ciencia social o humanística que no la promueva. Sin embargo, en el trabajo social ser interdisciplinarios es una causa de crisis identitaria, de indefinición y de precariedad metodológica. El lugar de la discusión no parece estar en la profesión sino en esos mecanismos en donde se construye la dominación. A la par que se está hablando de la dominación en la ciencia, se aborda el problema de la ciencia como proceso de dominación. Las posibilidades de construir una identidad reflexiva dependerán en buena medida de la forma como hagamos evidentes los discursos excluyentes.

Reiteramos que revisar los aspectos profesionales que creemos asentados e incuestionables no le resta credibilidad científica, ni posibilidades académicas; por el contrario, crea un sistema de análisis y un "punto de vista" crítico y constructivo.

En consecuencia, esta reflexión es una aproximación al estudio de la identidad de las/os trabajadoras/es sociales que busca reivindicar, como una realidad de su epísteme, su condición "generizada", heterodoxa, plural, fronteriza, interdisciplinaria, práctica e intuitiva, entre otras cualidades de la profesión, con un método de

investigación científica que permita explicar cómo se está produciendo la valoración que invisibiliza los contenidos de una cultura de género femenino para potenciar los contenidos de unas culturas que caracterizan a las profesiones con base en los valores hegemónicos del saber, de la ciencia y de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAREZ, S. "Políticas de desarrollo social, transformaciones y paradojas", *II Jornadas Internacionales: Estado y Sociedad. Las políticas sociales en los umbrales del siglo XXI*. Centro de Estudios Avanzados. UBA. Buenos Aires. 1997.
- COMAS, D. *Trabajo, Género y Cultura. Lo construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*. Icaria, Barcelona. 1995.
- COMAS, D. "El cuidado y la asistencia como ámbito de expresión de la tensión entre biología y cultura", *VII Congreso de Antropología*, Zaragoza, 1996, pp. 57-69.
- BACHERLARD, G. *La formación del espíritu científico*. Siglo XXI, Buenos Aires, 1972.
- _____. *Epistemología*. Anagrama, Barcelona, 1973.
- BOURDIEU, P. *El oficio del Sociólogo*. Siglo XXI, México. 1997. *Razones Prácticas. Sobre la Teoría de la Acción*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1981.
- DE MIGUEL CASTAÑO, "Profesión y género", en L. Garrido Medina y E. Gil Calvo (eds) *Estrategias familiares*. Alianza, Madrid, 1993, pp. 95-110.
- DIÉGUEZ, A. J; DELL'ANNO, A; CAO, J. L. *Identidad profesional y Trabajo Social. Creencias y rituales en Ciencias Sociales*. Editorial Espacio, Buenos Aires, Argentina. 1997.
- FOUCAULT M. *La arqueología del saber*. Siglo XXI, Madrid. 1970.
- FOX KELLER, E. *Reflexiones sobre Género y Ciencia*. Edic Alfons Magnanim. Generalitat Valenciana, Valencia, 1991.
- GRASSI, E. *La mujer y la profesión de asistente social. El control de la vida cotidiana*. Editorial Humanitas, Buenos Aires, 1989.
- HILL, R. *Nuevos paradigmas en trabajo Social. Lo social natural*. Siglo XXI, Madrid, 1992.
- LORENTE, B. "Relaciones Interétnicas y Trabajo Social Una reflexión necesaria en espacios multiculturales", en Lorente y Zambrano, *Estudios Introductorios en Relaciones Interétnicas*, Mº de Cultura, Bogotá, 1998.
- _____. "Identidad Profesional y Sistema Público de Servicios Sociales", en *Revista Realidad Social* Nº 3. Editorial Colegio de Trabajadores Sociales de Sevilla, 1998.
- LÓPEZ BUENO, MV, "Formación de Base", en *Memoria del II Congreso Nacional de Asistentes Sociales*. Madrid, 1973.
- LLOVET Y USIETO, *Los trabajadores sociales: de la crisis de identidad o lo profesionalización*. Editorial Popular, Madrid, 1990.
- MORENO, I "Identidades y rituales. Estudio Introductorio", en: J. Prat, U. Martínez, J. Contreras, I. More (Eds). *Antropología de los pueblos de España*, 1991, pp. 601- 636.
- _____. "Trabajo, ideologías sobre el trabajo y culturas del trabajo", en *Trabajo, Revista Andaluza de Relaciones Laborales*, Nº 3, 1997.
- _____. "Quiebra de los modelos de modernidad, globalización e identidades colectivas". *Simposio hacia una ideología para siglo XXI ante la crisis civilizatoria de nuestro tiempo*. 1997.

MOLINA, M.V., *Las enseñanzas del trabajo Social en España 1932-1983*. Universidad Pontificia de Comillas. Madrid, 1994.

NAROTZKY, S. *Mujer, Mujeres, Género. Una Aproximación Crítica al estudio de las mujeres en Ciencias Sociales*. CSIC. Madrid, 1995.

PALENZUELA, P. "Las culturas del trabajo: una aproximación antropológica", en *Revista Sociología del trabajo*, vol. 24, Madrid, 1995, Junio-Julio.

PAYNE, M. *Teorías contemporáneas del Trabajo Social. Una introducción crítico*. Editorial Paidós. Barcelona, 1991.

SCOTT, J.W. "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Amelang, J.S. -Nash, M., *Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*. IVEI. Valencia, 1990.

STRUCH Y GUELL, *Sociología de una profesión. Los asistentes sociales*. Ediciones Península, Barcelona, 1976.

V.V.A.A; "Cuatro siglos de acción social. De la beneficencia al bienestar social". Seminario de Historia de la Acción Social. *Colección Trabajo Social serie documentos*. Siglo XXI, Madrid, 1986.

V.V.A.A; "Trabajo Social y Servicios Sociales". (Monográfico). Documentación Social. *Revista de Estudios Sociales y Sociología Aplicada*. Madrid, 1990.

ZAMANILLO, T Y GAITÁN, L; *Para comprender el Trabajo Social*. Estella (Navarra), Editorial Verbo Divino, 1991.

ZAMBRANO, "El pluralismo antropológico y los derechos humanos", en Zambrano Editor, *Antropología y Derechos Humanos. Memorias del VI Congreso de Antropología*. Bogotá, Colombia. 1994.



Servicio Cívico Social Femenino, SENDAS, Bogotá, 1955.